

(XL)

¿Qué piensas de esto? ¿Qué el intento de los Tertulios fue solo ridiculizarse á sí mismos? Nada menos. Eso fue lo que consiguieron; pero el designio era ajar-me á mí. A los ojos estaba, que habia de suceder aque-llo, y no esto. Pero su ceguera era tanta, que ni eso vieron.

Todo quanto hay en el nuevo Escrito manifiesta la misma falta de luz, las mismas densas tinieblas, que les habian anochecido la razon. Solo en una cosa anduvieron bastantemente reflexivos, que fue en amontonar tantas imposturas, ya en la falsedad de sus citas, ya en atribuir frecuentemente este defecto á las mias. Sabian muy bien, que son poquísimos los lectores que tengan á mano los libros, que ellos, y yo citamos, para exâminar quién es legal, y quién no. Sabian tambien, que aun los mismos que están en estado de poder consultar los libros, no lo hacen, por no cargar con una fatiga en que no se consideran interesados. Sobre estos dos supuestos se hicieron la cuenta de que con citar á roso y belloso, y decir á troche moche que yo citaba mal, por lo menos se empataba el pleyto, y dividido el Reyno en vandos, unos estarian por los Tertulios, otros por el Padre.

Solo un reparo podia ofrecerseles contra esta má-xima; y es, que la presuncion para lograr el asenso del público, está mas á favor del Padre, que de los Tertulios. En qualquiera Tribunal, quando se encuen-tran en las deposiciones dos testigos, es preferido el mas condecorado al que lo es menos: el que por su es-tado está ceñido con mas estrechas obligaciones, al que no las tiene iguales. Estas dos ventajas incontestable-mente están de mi parte. Sobre las obligaciones del es-tado Religioso que profeso, se me añaden las de los muchos honores que he debido á mi Religion; quien
me

(XLI)

me dio el grado de Maestro General suyo, la prerro-gativa de Voto perpetuo en sus Capítulos Generales, me hizo dos veces Abad de este Colegio: á mas de es-to me ofreció una vez la Prelacia de mi insigne Monas-terio de San Julian de Samos, y otra la del de San Martin de Madrid, no queriendo yo aceptar, ni una, ni otra, como constó á toda la Religion. (Sepan esto de paso los señores Tertulios, y añadanlo á lo que ya les dixo el P. Mro. Sarmiento, de la renuncia que hice la primera vez que tuve la de este Colegio, para que otra vez no se pongan á escribir con tanta confianza, que yo no dexaria la vida de Prelado por la vida de un par-ticular). A los honores, que me dio la Religion, se agregan los que he ganado con mi sudor en esta Univer-sidad, donde sobre la borla de Doctor, he ascendido á la Cátedra de Visperas de Teología por los grados de las Cátedras inferiores, sin haber tenido Leccion de oposicion que no me grangease algun ascenso. ¿Qué duda tiene, que todas estas prerrogativas me constitu-yen en un grado muy superior, para ser creido del pú-blico, á un Tertulio desnudo de todo carácter? He di-cho de un Tertulio, pues aunque otros sugieran á este gran parte de lo que escribe, como solo su nombre se ve en la frente del Escrito, solo sobre él carga el des-honor de la ilegalidad. Los demás tiran la piedra y esconden la mano. Este presenta al rechazo no solo la mano, pero la cabeza.

Verdaderamente ¿qué hombre de algun juicio, al ver dos Escritos, que mutuamente se contradicen en cuestiones de hecho, uno firmado de un Religioso, adornado de muchos títulos honrosos, logrados por su Religion, y por una Universidad; otro firmado de un Escritor, de quien solo sabe que se llama D. Fulano de tal, no dará mas credito al primero, que al segundo?

Es-

(XLII)

Este reparo, digo, es harto verisimil que se les ofreciese á los Tertulios. Pues no los contuvo para escribir con mas legalidad, es tambien harto verisimil, que le despreciaron sobre el supuesto verdadero de que es en el mundo infinito el numero de necios; y estos, para dar fe á un escrito, no atienden á las qualidades ventajosas del Autor, sino á la osadía, ó llamemosla insolencia, con que asevera lo que escribe. Desbarre quanto quisiere, que como desbarre con arrogancia, y sobre todo, como llene de improperios al Autor á quien impugna, tendrá á todos los necios de su parte. Estos comprarán sus escritos, y le darán de comer, que es lo que se busca.

Las consideraciones dichas alentaron sin duda á los Tertulios para llenar sus Escritos (no pudieran componerlos de otro modo) de tantas citas falsas; y para imponer al vulgo, que adolecen de este vicio muchas de las mias. Mas que esto hicieron. Como yo cito pocas veces, levantaron el grito, que muchas de las noticias que propongo sin señalar los Autores en quienes las he leído, eran forjadas en mi cerebro. En esto acaso procedieron con una máxima no mal discurrida, que fue tentar, si asi podian obligarme á llenar de citas mis libros, de que resultaria necesariamente hacerlos fastidiosos y molestos, y por consiguiente hallar pocos lectores; porque, ¿quién duda, que el multiplicar citas en un libro, es multiplicar tropiezos en su lectura, es interrumpir la corriente de la pluma, es afeár la hermosura del estilo, es destrozár el concierto de los periodos, es turbar el nativo resplandor de los conceptos?

Por estas razones, y por imitar la práctica corriente de los mejores Escritores de otras Naciones, he escusado, y escuso citar, lo mas que puedo, sin embarazarme en la duda de si me creará el público. Ni aun

tal

(XLIII)

tal duda se me propuso quando empecé á escribir, y aun si alguno me la propusiera, la despreciára; pues le dixera yo: ¿Qué motivo tiene el público para no creerme? ¿Por qué no ha de creer á un Religioso, y Religioso tan atendido y honrado en su Religion? ¿A un Religioso, que de conocido va á perder muchísimo en incurrir entre los suyos la nota de embustero, pues justamente merecerá su desprecio, y aun su indignacion, por el deshonor que á la Religion misma resulta de permitir la impresion de unos libros que abundan de fingidas especies? Esto se vendrá á los ojos de todos quantos lean en la frente de mis Escritos mi nombre, mi estado, y parte de mis titulos. En caso que alguno, considerando que no hay regla sin excepcion, y que ya se han visto uno ú otro Escritor de iguales obligaciones á las mias, notados de poco fieles, dude de mi veracidad, facil le será salir de la duda, preguntando, qué credits tengo en quanto á esta parte en mi Religion. Estoy cierto de que generalmente los individuos de ella, aun comprehendiendo los que me miran con menos afecto, me confiesan la partida de veráz. Con toda seguridad afirmo, que les merezco este concepto, y á quantos me han tratado; y provocho, para que qualquiera de ellos señale alguna mentira, ni aun leve, en que me haya cogido.

Asi responderia yo á quien me propusiese aquella duda. Pero esto no es del caso para los Tertulios; de quienes no juzgo que no me creen, sí solo que abusan de la ignorancia y rudeza del vulgo, para inducirle á que no me crea. Para este efecto los ha servido algo cierta tropa auxiliár, que no peca de ignorancia ó rudeza, sino de malicia. ¿De quiénes piensas que hablo? De esas pestes de la humana sociedad; de esos infelices, que pasan en esta vida el noviciado del Infierno; de

esos

(XLIV)

esos á quienes una domestica furia está despedazando continuamente el corazon; de esos á quienes un maligno incendio, como cantó Virgilio, les está consumiendo las medúlas, dexando intactos los huesos; de esos, en quienes, como advirtió Ovidio, es severísimo suplicio la misma culpa. Sin mas señas conocerás que hablo de los Envidiosos. Estos son los ilustres protectores de los Tertulios: estos los que á qualquiera papelón que sale de sus manos, aun viendo sus ineptias, palpando sus despropositos, notando sus imposturas, con afectado magisterio aseguran que está admirable, que es difícil, ó imposible responderle, &c. Y como esta es gente reputada de tanto quanto literata, porque la envidia pide alguna coincidencia en la misma profesion, tiene la autoridad que es menester para esforzar entre los mentecatos la persuasion de los Tertulios.

Mas al fin, ya todos sus conatos se hallan hoy enteramente desvanecidos. Y aqui es donde vuelve á enlazarse la noticia, que arriba te di de la Obra del Padre Mro. Sarmiento. Habiendole parecido á este gran Ingenio conveniente dar el ultimo, y mas eficaz desengaño al público (el que de mí no se podia esperar, por estar resuelto á cumplir la palabra, que di en el Prólogo de la Ilustracion de no continuar la contienda) se resolvió á hacerlo por sí mismo, y lo hizo tan cumplidamente, que dudo haya parecido hasta ahora obra Apologética de este genero, que llene mas exáctamente todas las obligaciones de tal. Representase en ella un guerrero invencible de pluma, que en cada rasgo logra una victoria, en cada discurso dexa erigido un trofeo. A los contrarios, no solo los bate; los derriba, los postra, los atropella. Con tanta claridad, con tan palpables demostraciones manifiesta los innumerables errores en que cayeron, que para no conocerlos es ya menester

(XLV)

ter degradarse de racionales, y pasar á la clase de las bestias. Apenas hay linea donde no les descubra, ó una alucinacion, ó una ignorancia, ó una trapacería.

Lo mas esencial para el intento está en la calificacion de todas mis noticias. Habian los contrarios aseverado con osada frente, que muchas de aquellas para quienes no cito Autores, no se hallaban en Autor alguno, y que muchas para quienes los cito, no parecian en los Autores, y lugares señalados. ¿Qué hizo el Maestro Sarmiento? Justificó todas mis citas, mostró la falsedad de muchísimas de los contrarios, y para aquellas especies que ellos decian no se hallaban en Autor alguno, se los alegó á montones.

¿Pero qué hacemos con eso? me dirás: Los que tuvieron osadia para acusar de falsas las especies, y citas del Maestro Feyjoo, ¿no la tendrán para hacer lo mismo con las citas y confirmaciones del Maestro Sarmiento? Respóndote, que acaso la tendrán; pero no les servirá de nada, á menos que encuentren con lectores tan insensatos, como los mas estúpidos brutos. A todo ocurrió la precaucion del Maestro Sarmiento, ofreciendo en el Prólogo de su Obra dar á qualquiera que le busque, para asegurarse de la verdad, abiertos y registrados todos los Autores que cita, así en confirmacion de sus noticias, y mias, como los que alega para convencer de falsas las citas y especies de los contrarios.

Ahora bien, Lector mio, ya no hay lugar á tergiversacion alguna. El Maestro Sarmiento está en la Corte, y rarísima vez sale de su Monasterio de San Martin: con que si tú tambien estás en la Corte, quando quieras le hallarás. Apunta, pues, todas las citas y especies, de cuya verdad ó falsedad quisieses asegurarte, y acude con ese apuntamiento al Maestro Sarmien-

(XLVI)

miento. El te abrirá al punto los Autores, y te hará patente, que no hay cita ni noticia suya, ni mia, que no sea verdadera; y que todas las que él ha notado de falsas en los contrarios, ciertamente lo son. Si no estás en la Corte, por un corresponsal de tu confianza que habite en ella, puedes adquirir el mismo desengaño. Pero dígotte, que sea de tu confianza y conocimiento, porque no siendo así, podrias caer en manos de alguno de la Congregacion Tertuliana, que te engañase de nuevo, y sería *novissimus error peior priore*.

Contra esta demostracion no hay réplica, ni escapatoria. No por eso te digo, que los contrarios no escribirán de nuevo, ó Folletos, ó Librejitos, ó Librottes. Antes estoy moralmente cierto de que lo harán. Uno de ellos ha confesado que ha menester escribir para comer; y siéndole imposible escribir otra cosa, que mordiscones á agenas obras (cosa para que los mas ignorantes y rudos tienen bastante habilidad) especialmente si se arrojan á toda impostura, y á toda inepticia, ó alguna frusleria de poco bulto, y ningun momento, ¿qué remedio le queda, sino sacar á luz nuevos embrollos? Convencido está no hay duda; ¿pero para cuándo se hicieron los embrollos, sino para estos apuros?

Asi, Lector mio, si eres de aquellos cerriles, cuyos cerebros de cal y canto son impenetrables á las evidencias; si no haces mas uso de tu razon, que dexarte embobar de cada papelon nuevo que sale; si eres tan insensato, que reputas por legitimas impugnaciones las injurias, dicterios, y calumnias; si tan estúpido, que cantas la victoria por el ultimo que gruñe, ó grazna en la palestra; si en fin, para tí quanto parece escrito de molde todo es uno, y como si este fuera el juego de la Malilla, ó el de la Manta, has de

te-

(XLVII)

tener por triunfo la ultima Carta de la baraja, desengañadamente te lo digo, no escribo para tí. No son para tí el Teatro Crítico y sus Apologías. Tan ignorante te quedarás despues que hayas leído uno y otro, como estabas antes. Apacientate de torpes y groseras sátyras: come pullas de tabernas, bebe chistes de caballerizas, engulle patrañas, sorbe calumnias (que es lo mismo que tragar sapos y culebras) pues tienes estómago para esas cosas. Cree norabuena el sonsonete de reclamos gacetales: fiate de titulos engaña-bobos: y gasta tu dinero en comprar ilusiones. Igualmente desprecio tus vituperios y tus elogios. Mira qué falta me harán los aplausos de un necio, ni de mil, quando veo volar glorioso mi nombre (dicha no merecida, yo lo confieso) no solo por toda España, mas por casi todas las Naciones de Europa. No trabajaré mas por desengañar á quien no es capaz de desengaño. Constante me ratifico en el proposito de no responder á papelon ó libro, que salga contra mí. No solo no le responderé, pero ni le veré, como hice con el Librote de los Tertulios, de quien santamente te protesto, que no solo no leí clausula suya, pero ni aun le ví por el pergamino, ni tengo noticia que haya mas que un exemplar en todo este Principado. Para los que tienen uso de razon, lo que se ha escrito sobra; para los incapaces nada basta. Asi, Lector mio, si eres de estos, tú te quedarás con tu rudeza, los contrarios con su porfia, y yo con mi fama. VALE.

TA-

TABLA

De los Discursos de este Quinto Tomo.

I.	Regla Matemática de la Fe Humana.	Pag. 1.
II.	Fisiognomía.	32.
III.	Nuevo Arte Fisiognómico.	63.
IV.	Maquiabelismo de los Antiguos.	72.
V.	Observaciones Comunes.	103.
VI.	Señales de muerte actual.	134.
VII.	El Aforismo Exterminador.	160.
VIII.	Divorcio de la Historia, y la Fábula.	168.
IX.	Nuevas Paradoxas Físicas.	188.
X.	Libros Políticos.	240.
XI.	El Gran Magisterio de la Experiencia.	254.
XII.	Nuevas propiedades de la Luz.	290.
XIII.	Existencia del Vacío.	299.
XIV.	Intransmutabilidad de los Elementos.	313.
XV.	Solucion del gran Problema Histórico sobre la poblacion de la América, y revoluciones del Globo Terráqueo.	321.
XVI.	Tradiciones Populares.	350.
	Disertacion sobre la Campana de Velilla.	371.
	Reflexiones Criticas sobre este asunto.	387.
XVII.	Nueva precaucion contra los artificios de los Alquimistas, y Vindicacion del Autor contra una grosera calumnia.	397.

 REGLA MATEMATICA
 DE LA FE HUMANA.

DISCURSO PRIMERO.

§. I.

PReguntado una vez Tales Milesio, cuánto distaba la verdad de la mentira: *Lo mismo* (respondió con agudeza) *que distan los ojos de los oídos.*

2 Sin duda, que aquel primer Filósofo de la Grecia conocia bien el mundo, y que el mundo era entonces como ahora. Son los ojos el órgano comun del desengaño, y los oídos del embuste. Es tan poca la sinceridad que hay entre los hombres, que ya que la razon no deba descaminar, como generos de contrabando, todas sus noticias, le habia de ser licito, por lo menos, detenerlas á las puertas de las orejas, hasta exâminarlas por medio de fieles testimonios. Si todos los objetos fuesen visibles y estuviesen en proporcionada distancia, deberiamos apelar continuamente del informe de los oídos al de los ojos. *Ver, y creer* dice el adagio: y dice bien en quanto sea posible la práctica.

3 Mas como hay muchos objetos invisibles, unos, que lo son esencialmente, otros por accidente, es preciso, para no parecer engaño, respecto de ellos, usar de otro testimonio que el de la vista. Tres generos hay de objetos: Sobrenaturales, Metafísicos, y Materiales. De estos, los dos primeros son esencialmente invisibles. Los terceros lo son muchas veces por accidente; porque aunque se consideren absolutamente dentro de la jurisdiccion de la vista, es imposible el uso de ella por la distancia.

Tom. V. del Teatro.

A

Las